

Sevilla

HISTORIA DE SU FORMA URBANA



BÉVILLE - LA PROMENADE D'HERCULE.

Sevilla

HISTORIA DE SU FORMA URBANA

DOS MIL AÑOS DE UNA CIUDAD EXCEPCIONAL





Sumario

	Prólogo		8
	El lugar	<i>Fernando Sancho Royo</i>	14
S. I a.C.-900	La ciudad y sus fundamentos		22
	Paisaje y pasado Sevilla: medio natural y forma urbana	<i>Francisco Borja Barrera</i>	24
	La ciudad subyacente La Sevilla más antigua	<i>Enrique García Vargas</i>	42
900-1450	Una ciudad en la historia	<i>Antonio Collantes de Terán Sánchez</i>	66
	La construcción de la urbe Sevilla medieval		72
1450-1650	Donde late el corazón del mundo	<i>José M.ª Miura Andrades</i> <i>Antonio Collantes de Terán Sánchez</i>	112
	La ciudad que todo lo acoge De capital de la Frontera a cabeza de un imperio		118
1650-1840	Luces en la penumbra		178
	La cortedad de los tiempos La ciudad se repliega	<i>Fernando Olmedo Granados</i>	186
	El sueño de la Razón Expectativas y frustraciones de la Sevilla ilustrada	<i>Francisco Ollero Lobato</i>	200
1840-1960	Una modernización tardía		242
	Huellas de renovación Permanencia y cambio	<i>José Díaz Quidiello</i>	250
	Crecimiento y precariedad De los treinta a los sesenta	<i>Gonzalo Acosta Bono</i> <i>José Díaz Quidiello</i>	288

1960-1985	La ciudad que habitamos	<i>José M.ª Feria Toribio</i>	308
	Progreso según Sevilla		312
	Cambio funcional y destrucción patrimonial		
	Expansión sin orden		322
	Desarrollismo y transición urbanística		
1985-2015	Sevilla metropolitana	<i>José M.ª Feria Toribio</i>	338
	Otras formas, otro territorio		
	El territorio metropolitano y la agricultura		354
	Movilidad y forma urbana		360
	La ciudad central cambia su cara		366
	La Cartuja: lugar imaginario, lugar imaginado		374
	Tramas históricas, procesos nuevos		382
	Epílogo	<i>José M.ª Feria Toribio</i>	390
	Referencias, imágenes		396

Prólogo

Este libro es fruto de un proyecto colectivo que surge de la constatación del avance sustancial producido en el conocimiento sobre la historia de Sevilla en lo que se refiere a su forma urbana, es decir, a su dimensión como *urbs*. Un corpus de conocimiento que es producto de la labor de multitud de investigadores y estudiosos de diferentes campos, los cuales, desde sus respectivas visiones disciplinares, han ido aportando bases de información empírica e interpretaciones de procesos que permiten disponer ya de elementos suficientes para ir componiendo historias integrales, temporal y espacialmente, de la forma urbana de la ciudad.

Dicha perspectiva es la que ha movido a este grupo de autores, reunidos de manera informal por el interés científico del conocimiento de la ciudad, pero también en el afecto por ella, a compartir primero entre nosotros tales conocimientos, para, a partir de ahí, intentar componer una de esas posibles historias de su forma urbana.

A la hora de enfocar el sentido y alcance concreto de la obra se tomó la decisión de elaborar un producto que pudiera ser de interés para un amplio espectro de público, no solo para el estudioso en la materia, sino sobre todo para el sevillano que quiere conocer la historia de su ciudad o para el visitante que, al igual que cuando recorremos otras ciudades que admiramos, busca encontrar algunas claves para entenderla. Ello implicaba que, sin perder el rigor académico, era fundamental adoptar un lenguaje y una presentación que facilitara el acceso a ese público amplio, haciendo, por ejemplo, un uso limitado de la jerga disciplinar, soslayando citas y referencias y, ante todo, apoyándose en un amplio y diverso corpus gráfico que facilitara el tránsito del lector por la obra a la vez que ilustrara, de manera directa y visual, los contenidos planteados.

Como antecedentes de partida, algunos de los autores habían abordado anteriormente, en la década de los noventa, esta temática bajo el formato de atlas, aunque de una manera breve y compartida con las historias de otras ciudades. En concreto, en el *Atlas de las Ciudades Europeas*, editado por el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona y la editorial

Salvat, en la que se incluía a Sevilla entre otras de la Península Ibérica, o en el *Atlas Urbano de Andalucía*, de la Consejería de Obras Públicas, dentro de un tratamiento conjunto para el sistema urbano andaluz. Pero, lógicamente, los objetivos y contenidos de la obra requerían un formato que, recogiendo algunos de los recursos editoriales de un atlas, permitiera abordar contenidos textuales y gráficos de mucho mayor desarrollo. En ese sentido se ha contado con dos referencias que han servido como guías tanto de orientación de contenidos como de producto editorial. De un lado, el trabajo ya clásico de A. E. J. Morris, *Historia de la forma urbana*, editado en España por Gustavo Gili, de carácter más académico, que sirve como referencia de encuadre por su aproximación holística, su tono divulgativo y el papel otorgado a la expresión gráfica y los comentarios que lo acompañan. Del otro, el libro de Fred Feddes, *A millenium of Amsterdam. Spatial History of a Marvellous City*. De él se han tomado numerosos recursos a la hora de configurar esta edición, pero sobre todo la inspiración para hacer un libro original y a la vez riguroso y comprometido sobre la ciudad, Sevilla, que habitamos y compartimos.

Con prudente aproximación, el libro se acota en su título a los dos milenios de forma urbana de la ciudad. Más aún, en la calificación se ha preferido utilizar, contenidamente, el adjetivo de excepcional en su acepción básica: “que constituye excepción de la regla común”, “que se aparta de lo ordinario”. Y a mostrar tal excepcionalidad, o al menos a intentarlo, van dirigidos gran parte de los esfuerzos vertidos para componer este proyecto. Porque es cierto que cada ciudad es singular en su historia y forma urbana, pero pocas reúnen como Sevilla historias y elementos urbanos tan diversos y tan complejamente entreverados. Esto puede explicar, en parte, cómo siendo una ciudad mundialmente reconocida en la literatura, la música, la historia general, los libros de viajes, etc., es prácticamente ignorada por estudiosos de la forma urbana, como sucede con el propio Morris o con el opúsculo de Leonardo Benévolo sobre las ciudades europeas, financiado por la propia UE, que la despacha con dos líneas de inconsistentes lugares comunes. Simplemente, para sus sesgados cánones urbanísticos, Sevilla es incomprensible en lo que respecta a su papel dentro de la historia urbana de las ciudades del viejo continente y, consecuentemente, en su contribución al acervo cultural y patrimonial europeo.

Con el propósito de mejorar la inteligibilidad de la forma urbana de Sevilla, el libro se estructura mediante una secuen-

cia temporal convencional, con una breve introducción al lugar donde se asienta la urbe y seis grandes bloques históricos marcados por procesos e hitos decisivos que permiten mostrar la diversidad de elementos y formas que han ido constituyendo la matriz urbano-territorial de la ciudad. Cada uno de esos bloques tiene una entrada similar, con una sucinta cronología sintética de los principales acontecimientos y datos que caracterizan el periodo histórico en cuestión, junto a un mapa de referencia de la extensión de la mancha urbana en esa fase. A partir de ese marco uniforme, cada bloque se despliega de forma diversa, atendiendo a lo que cada uno de ellos demanda, pero siempre desde la perspectiva y la orientación que los respectivos autores les han conferido. Algunos bloques se abordan en un solo capítulo, mientras otros aglutinan varios, incluyendo cada uno epígrafes, apartados, ilustraciones de diferentes tipos y sus comentarios anexos, etc., que se desarrollan siguiendo el hilo que marca el texto principal. Ni que decir tiene que los textos se han elaborado a partir de la plena libertad de sus autores, remitiéndose la labor de coordinación a evitar posibles incoherencias o desajustes temáticos y conceptuales y a procurar, como se ha mencionado al principio, un lenguaje divulgativo que, sin menoscabo del rigor necesario, hiciera la obra accesible a un público amplio.

Sí es necesario mencionar, en cualquier caso, que por razones de orden editorial, concretamente de extensión del libro, se ha tenido que prescindir de una importante cantidad de material, tanto escrito como gráfico, que casi con toda seguridad habría completado y hecho más inteligible este recorrido por la historia de la forma urbana de Sevilla. Pero como toda obra de esta clase, ha de tener sus límites y equilibrio, y a ellos nos debíamos supeditar para llevarlo a buen puerto.

Como cabe imaginar, aparte de la contribución de los autores, esta obra ha contado, en las diferentes tareas que requiere un libro de las características descritas, con la participación de colaboradores e instituciones, sin cuya contribución hubiera sido imposible su culminación en la forma definitiva que ha adoptado. En la medida en que ha sido posible, todos han quedado puntualmente reflejados en las páginas de créditos al final del libro, en las que también se incluye un apartado de referencias básicas de la literatura científica de cada uno de los bloques. A todos ellos el más sincero agradecimiento. Nuestra gratitud por último a la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, que tan amablemente nos acogió en la casa de los Pinelo para nuestras sesiones de trabajo más afanosas y necesitadas de sosiego.

Esta segunda edición del libro apenas incluye cambios, si no los imprescindibles, con respecto a la primera, editada por la Fundación Cajasol y que contó también con el patrocinio de la Gerencia Municipal de Urbanismo del Ayuntamiento de Sevilla. A ambas instituciones, de nuevo, nuestro agradecimiento y reconocimiento. Ha recogido el testigo la Editorial de la Universidad de Sevilla, que con diligencia asume el reto de ampliar la difusión de este proyecto colectivo que tienen en sus manos en forma de libro. Quede aquí constancia asimismo de nuestro agradecimiento a la editorial por el interés y disponibilidad que desde un primer momento ha mostrado por llevar adelante esta nueva edición.

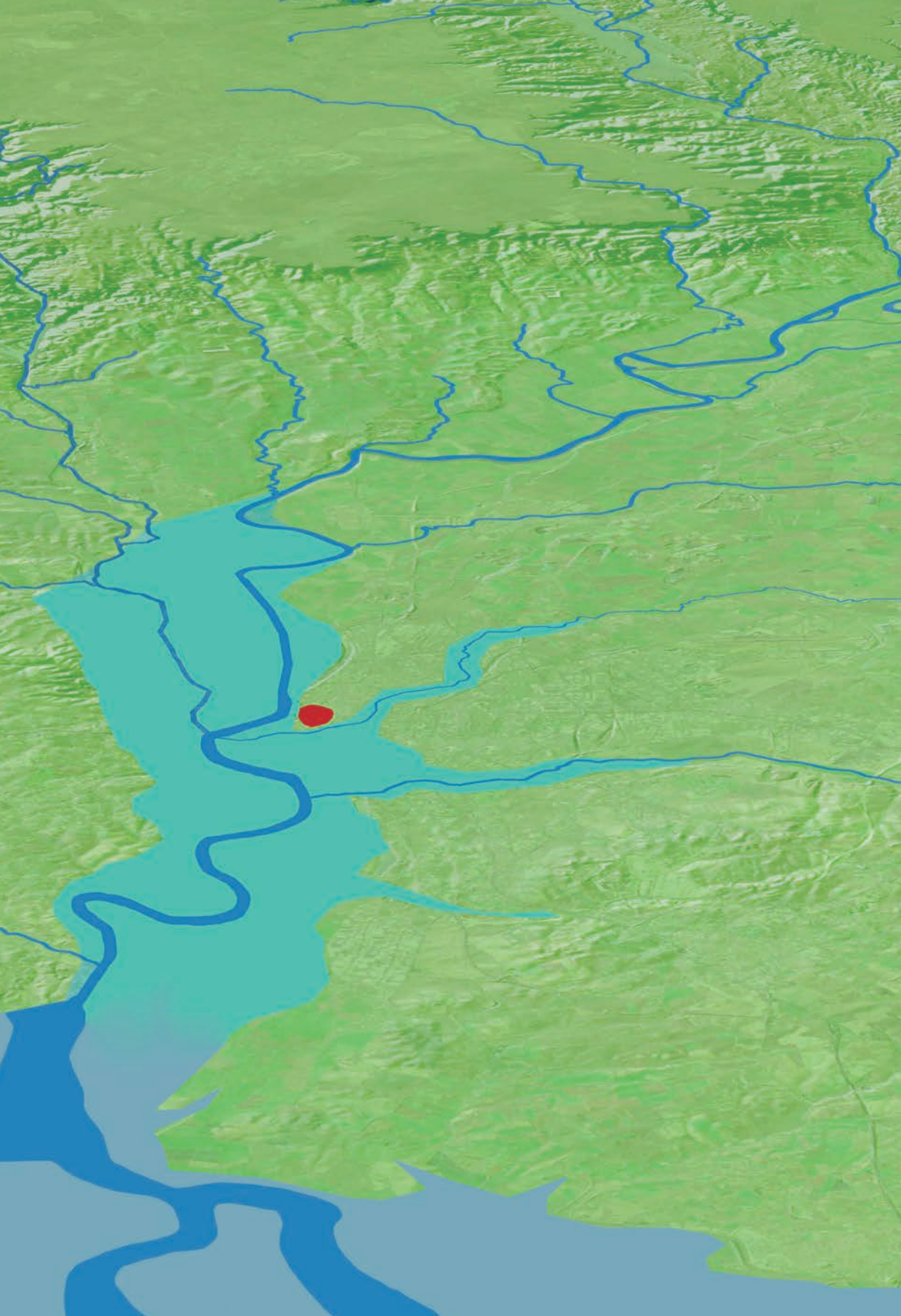
Para concluir, es inevitable en un libro de Historia como este, hacer referencia a los tiempos que vivimos. La primera edición entró en imprenta dos días de antes de la declaración del estado de alarma por la pandemia del Covid y no salió a la luz hasta ocho meses después. Esta segunda se formalizó cuando todavía estaba vigente un nuevo estado de alarma. Un año en el que, al igual que en la mayor parte del planeta, se han trastocado radicalmente las condiciones y ritmos de la vida urbana, sembrando de dolor, enfermedad y muerte a la ciudad, a semejanza de otros momentos de su historia. Esta edición no debe salir a la luz sin la expresión de un emotivo recuerdo a todas las víctimas de la pandemia y, en su modesta contribución, constituir una dedicatoria a todas ellas. [JMFT]

Autores

Gonzalo Acosta Bono	<i>Geógrafo</i>	GAB
Francisco Borja Barrera	<i>Universidad de Huelva</i>	FBB
Antonio Collantes de Terán Sánchez	<i>Universidad de Sevilla</i>	ACTS
José Díaz Quidiello	<i>Geógrafo</i>	JDQ
José M. ^a Feria Toribio	<i>Universidad Pablo de Olavide</i>	JMFT
Enrique García Vargas	<i>Universidad de Sevilla</i>	EGV
José M. ^a Miura Andrades	<i>Universidad Pablo de Olavide</i>	JMMA
Francisco Ollero Lobato	<i>Universidad Pablo de Olavide</i>	FOL
Fernando Olmedo Granados	<i>Historiador</i>	FOG
Fernando Sancho Royo	<i>Universidad de Sevilla</i>	FSR

A lo largo de las páginas de este libro, la autoría de los capítulos se acredita con las iniciales de los nombres de los respectivos autores al final de su texto principal, al igual que de aquellos cuadros temáticos insertos en dichos capítulos cuando corresponden a otros autores.







Entre la tierra y el agua

Paisaje de las marismas del Guadalquivir aguas abajo de Sevilla, entre el emplazamiento de la ciudad y la desembocadura del río en el Océano Atlántico. Un área sujeta a profundos cambios desde antes de nuestra Era hasta la actualidad, caracterizada por la amplia extensión de humedales que se han ido colmatando progresivamente, cruzados por brazos y caños fluviales y en parte a merced de las mareas.

En sus contornos y zonas interiores, sobre terrenos más firmes y elevados, fue surgiendo un rosario de asentamientos, entre los que destacó el precedente de Sevilla.

El lugar

Un asentamiento en el bajo Guadalquivir

El conocimiento acumulado durante cientos de años sobre el comportamiento de plantas y animales permitió al humano liberarse del incesante nomadismo necesario para asegurar su alimentación. Con la domesticación de un número de especies no muy elevado pudo asegurarse la supervivencia y, consiguientemente, reducir su deambular hasta asentarse definitivamente en un lugar. En algún momento de este proceso la humanidad descubrió una solución que tendría una repercusión sustancial en la propia evolución de la especie humana y que aún, en el momento actual, sigue operando con una fuerza inusitada: la ciudad.

El fenómeno urbano se confunde inseparable con el proceso civilizatorio. La ciudad tiene tanto éxito que hace unos pocos años se cruzó la línea invisible que divide a las personas según vivan en ciudades o en el medio rural, sobrepasando las primeras a las segundas. La mayoría de la humanidad es en la actualidad urbana.

La ciudad es una solución con tanta potencia que salta barreras muy definidas: culturales, ideológicas, económicas, climáticas, geográficas, o cualquier otra que se nos ocurra. La tendencia global es la del crecimiento de ciudades cada vez más populosas sin que aparentemente se adivinen los límites a este crecimiento.

No obstante el extenso número de ciudades del mundo, no son muchas las que pueden presumir de una existencia que supere largamente los dos milenios. Sevilla pertenece a este selecto club de ciudades longevas que han permanecido activas desde su fundación hasta el momento presente.

Ante esta realidad surge con fuerza una pregunta inevitable: ¿por qué precisamente aquí y no unos kilómetros más allá?, o incluso otra igualmente sugerente ¿qué características tiene este lugar que permite la permanencia de un asentamiento urbano durante siglos sin dar muestras de agotamiento?

La respuesta a estas preguntas no es única, pero podemos acercarnos a una parte importante de la misma si analizamos la condición fundacional del ecosistema urbano. En él,

un pequeño núcleo de personas unidas por lazos de sangre se transforma en otro mucho más numeroso y diverso, con historias propias; la inseguridad que ordena la vida del grupo se torna en un marco más seguro y favorable, lo que permite la supervivencia incluso de los más débiles, niños y ancianos; se facilita la especialización de las tareas; se crea la necesidad de una organización social que facilite la convivencia entre los miembros del grupo, etc.

Esta naciente sociedad, superadas las necesidades vitales básicas, canaliza sus energías a explorar un territorio cada vez más extenso y a establecer relaciones con otros grupos humanos para intercambiar bienes y garantizar su sostenibilidad.

De lo anterior se deduce que son dos los requerimientos básicos de un lugar para que una ciudad prospere: un medio fértil que provea de agua y alimentos a la comunidad y una posición en el territorio que facilite la relación con otros grupos humanos. No es casualidad que muchas ciudades del privilegiado club antes citado se localicen en las orillas de grandes ríos o en la costa. A falta de infraestructuras viarias, el agua es el medio más seguro y rápido para trasladarse a grandes distancias.

La zona de la desembocadura del río Guadalquivir reunía ampliamente las dos condiciones básicas anteriores, y es obligado hablar en pasado por la elevada dinámica de este paisaje que muta y evoluciona casi a la par que la vida humana.

Sobre una extensa cuenca (63.822 km²) cuyo fondo es anormalmente llano, zigzaguea el cauce del Guadalquivir, de una longitud aproximada de 680 km. En su recorrido, el río excava esa llanura constituida por materiales blandos, a la vez que deposita sobre estos los sedimentos recientes, arenas, gravas, arrancados de las sierras que delimitan la cuenca, constituyendo un sistema de terrazas en el que se reconocen, en el área de la actual Sevilla, tres grandes grupos por la posición topográfica y la naturaleza de sus materiales: superior, medio e inferior.

Estos sistemas de terrazas son continuamente reelaborados como consecuencia de las crisis climáticas del Cuaternario, fragmentándose y recomponiéndose sucesivamente. Mientras tanto, el lecho del río mantiene una posición divagante dentro de la llanura inundable.

La zona de la región de Sevilla se presenta, por tanto, en los albores de la historia como el curso terminal de un río importante que, con una pendiente muy escasa, divaga por una amplia llanura para desembocar en un extenso y somero golfo interior. Hacia la desembocadura, en ambas márgenes del río, se elevan dos pequeñas plataformas que dominan la

entrada al amplio valle: el Aljarafe, con una altitud de 180 metros sobre el nivel del mar en la localidad de Olivares, y los Alcores, que alcanza la cota de 240 metros en Carmona. Sobre el lecho inundable sobresalen ocasionalmente pequeñas elevaciones —retazos de antiguas terrazas— que adquirirán una gran importancia por representar enclaves a salvo de las avenidas invernales del río.

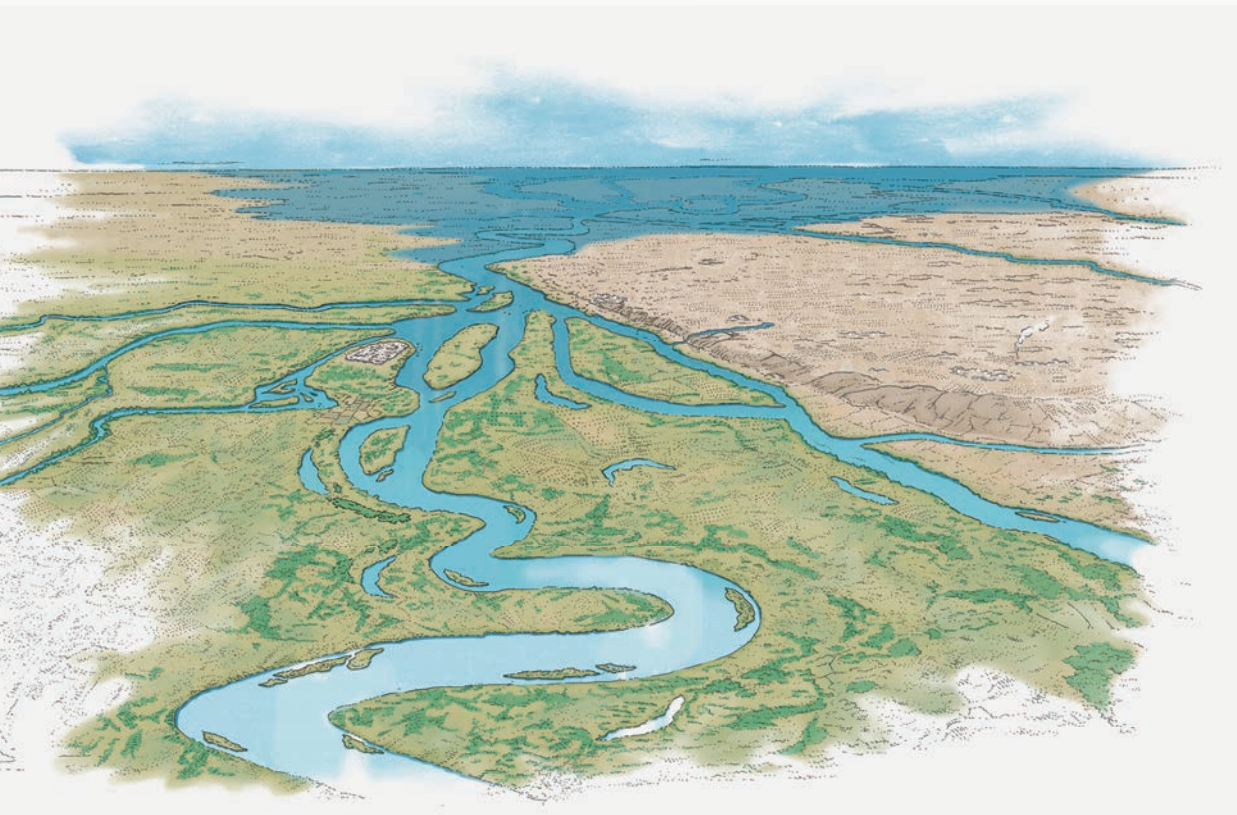
De las mesetas situadas a izquierda y derecha de la desembocadura parten numerosos arroyos que, principalmente en el Aljarafe, forman barrancas al salvar el desnivel hacia el valle. Su caudal es normalmente escaso pero en ocasiones, después de grandes tormentas, pueden convertirse en caudalosos y muy erosivos debido a su corto recorrido y lo elevado de sus pendientes.

El marco geográfico expresado más arriba evoluciona desde entonces durante todo el Holoceno y hasta la actualidad en función de la dinámica del río, factor fundamental en el modelado del paisaje. En esa dinámica se deben resaltar algunos elementos determinantes como son el clima, el relieve y la naturaleza de los suelos, la confluencia de la red de drenaje en la posición terminal del río y el efecto de las mareas. La acción conjunta de todos ellos nos da la clave para interpretar la historia y localización de la ciudad.

Intentemos ya caracterizar el paisaje que se presentaba a los ojos de un poblador de estas tierras unos 2.000 años antes de nuestra Era. La primera impresión debía ser de un amplio valle cubierto de vegetación espesa, con claros determinados por los brazos del río y charcas o lagunas más o menos temporales. El bosque encharcado del fondo del valle era parcialmente sustituido por otras especies arbóreas y arbustivas en las terrazas que se encontraban a salvo de las avenidas invernales, de las que se pasaba sin solución de continuidad a situaciones aun topográficamente más elevadas, como los Alcores. En la margen derecha, por el contrario, existió, tal como en el presente, un importante desnivel que delimitaba perfectamente la plataforma del Aljarafe y la llanura aluvial.

El gran estuario interior aproximaría la costa hasta las cercanías de los asentamientos de Coria y La Puebla del Río delimitando por su extremo meridional la plataforma del Aljarafe. En el litoral coexistirían un primer cinturón de vegetación capaz de soportar el encharcamiento, y en algunos casos un cierto nivel de salinidad, con vegetación claramente halófila, es decir, capaz de resistir un elevado nivel salino.

El bosque freatófilo de la llanura estaría compuesto por especies resistentes al encharcamiento y de crecimiento rápido, tales como las que caracterizan en nuestro tiempo los bordes de nuestros ríos, como chopos, tarajes, sauces, fresnos, etc., y



La ilustración artística de Arturo Redondo muestra una recreación hipotética del tramo final del río Guadalquivir en los siglos inmediatamente anteriores a nuestra Era. La perspectiva está tomada en dirección norte-sur, desde un punto elevado situado unos pocos kilómetros aguas arriba del emplazamiento originario de Sevilla.

A la derecha, al oeste, se extiende la plataforma del Aljarafe, colonizado ya por entonces por varios poblados. El borde de la elevación está definido hacia el valle por un escarpe, mientras hacia los humedales del estuario, al fondo de la imagen, la plataforma desciende con suave inclinación.

Por el centro discurre la llanura aluvial, el fondo del valle surcado por la red de brazos principales y secundarios que tiene el río por esas fechas y que trazan meandros, contornean islas de tamaño variable y dejan lechos abandonados y lagunas a lo largo de una vega sujeta a las episódicas inundaciones que provocan las crecidas en las épocas de lluvia.

Asimismo se contemplan varios cursos de agua menores, con caudales muy superiores a los que tendrían después, que entroncan en ambos márgenes del río. Entre uno de estos arroyos y la margen izquierda del eje principal del río se adelanta el leve promontorio donde se distingue, hacia la

parte izquierda de la ilustración, un asentamiento en ciernes, de forma más o menos triangular u ovalada según le dicta la topografía del solar, donde se ubica el pequeño núcleo que con el tiempo daría lugar a la ciudad de Sevilla.

Hasta el extremo izquierdo de la imagen se extienden las terrazas que encajan la llanura de inundación del río por su costado oriental.

En último término hasta el horizonte se vislumbra la ensenada, una vasta superficie acuática entre lago y marisma atravesada por multitud de brazos y caños, que marca la transición entre la desembocadura del río Guadalquivir y el Océano Atlántico.

otras de sotobosque o matorral, como las zarzas, cañas, helechos, etc. En la fase intermedia agua-tierra predominarían plantas como los juncos y carrizos.

A medida que se aleja del agua la composición de la vegetación varía, apareciendo especies más longevas, termófilas, propias del clima mediterráneo como los acebuches, encinas, quejigos, alcornoques, y un sotobosque compuesto por madroños, lentiscos, mirtos, aladiernos y durillos. En los lugares más favorables las lianas y trepadoras jugarían un papel importante entrelazando con sus tallos la vegetación hasta hacerla impenetrable.

La fauna era igualmente muy diferente de la actual. Por ejemplo, muchos mamíferos de gran tamaño entonces abundantes, como el oso, lobo, lince, jabalí, ciervo o nutria, entre otros, han desaparecido. De otra parte, el amplio estuario proporcionaba una fauna marina propia de estas situaciones, hoy evidentemente en ausencia.

Como especies típicamente de caza se pueden citar el uro, el oso y el jabalí, cuyos restos estaban presentes en el yacimiento del Carambolo; son frecuentes además los restos de ciervas. Entre las aves domina la extraordinaria diversidad proporcionada por la coexistencia de dos medios tan contrastados como el monte mediterráneo y el acuático representado por las tierras marismeñas. El tapiz vegetal debía ofrecer ya para el hombre del Neolítico, agricultor incipiente, abundantes claros a causa de los incendios sin duda provocados para la creación de pastos.

Parece también fuera de duda que las numerosas islas de la desembocadura del Guadalquivir eran lugares adecuados por la fertilidad de sus campos para el pastoreo del ganado vacuno y caballar, los únicos capaces de soportar un alto grado de encharcamiento.

Para nuestro hipotético observador, la pesca tuvo que ser también fuente de alimento, ya fuera de peces típicamente dulceacuícolas o bien de caracteres más marinos; los crustáceos, moluscos, almejas y ostras completarían la dieta.

Esta idílica imagen presenta, sin embargo, una grave limitación para el asentamiento permanente: el río, con una fuerte componente torrencial, cambia drásticamente de caudal, elevando el nivel de sus aguas varios metros en época de lluvias e inundando el fondo del amplio valle por el que discurre. De esta condición se libra un pequeño retazo de terraza limitado al oeste por el gran río y al este por un afluente menor.

Estas favorables condiciones fueron aprovechadas por las poblaciones indígenas que ocupaban el escarpe de la plataforma elevada que mira al río en la margen derecha. En esa época el fondo del valle aún no reunía las condiciones de seguridad

necesarias para un asentamiento estable debido a su fragilidad frente a las avenidas y a la indefinición de la red de drenaje. Una situación que iría cambiando paulatinamente.

El incesante relleno provocado por los sedimentos del río contribuyó a dar estabilidad a los cauces de agua, que se encajaban en los propios sedimentos de la llanura aluvial, a la vez que configuraban el sistema de desagüe que terminaría jerarquizando el flujo y reflujo del agua en esa extensa ensenada o golfo interior del estuario, cada vez más somero y reducido. De forma gradual se fueron asentando pequeños grupos humanos en las escotaduras de este golfo gracias a la facilidad que ofrecía la pesca y la recolección de moluscos y crustáceos de las orillas, así como de huevos y nidadas de la abundante avifauna.

De este modo, en un momento indeterminado de la historia, los indígenas se atrevieron a bajar al valle justo en la desembocadura de la corriente principal y se asentaron en ese pequeño collado a salvo de las inundaciones invernales ordinarias. Este leve promontorio presentaba además la gran ventaja de ser todavía accesible directamente por las embarcaciones que procedían de lejanas tierras, pues a partir de dicho punto se hacía obligado el cambio a barcos de menor calado para llegar a las tierras del interior.

La presencia cada vez menos extraña de embarcaciones provenientes de territorios muy lejanos en busca, sobre todo, de metales preciosos abrió unas puertas desconocidas hasta entonces a otros conocimientos y habilidades. Así se fue consolidando este asentamiento localizado en el centro del amplio valle fluvial y sometido aún a las inundaciones del río. Pero sus ventajas estratégicas como espacio portuario superaban a los numerosos inconvenientes.

La aparición de la ciudad como tal no se haría efectiva, de forma sólida y fehaciente, hasta el siglo I a.C., ya en pleno dominio romano. El gran mar interior que bañaba los litorales de Grecia, Roma, Cartago, Egipto, Libia..., el *Mare Nostrum*, era surcado por numerosas vías marítimas más o menos estables que escrutaban las costas en busca de recursos de todo tipo para abastecer a los grandes centros de consumo. La presencia de la metrópolis romana receptora de toda clase de bienes agrícolas conectó el fértil valle del Guadalquivir y sus tierras del interior con la península itálica a través de la navegación. La posición de la actual Sevilla fue determinante, ya que era el punto más interior al que se podía llegar con las embarcaciones de porte que surcaban el Mediterráneo. A partir de Sevilla la navegación de calado era imposible.

Esa limitada superficie, resto de una terraza fluvial que apenas sobresalía de la cota de las mareas o de las inundaciones

ordinarias, bañada al oeste por el gran río y al este por un joven arroyo de carácter torrencial, adquirió una importancia capital por su singular y privilegiada situación como encrucijada terrestre y ventajoso puerto interior. La cualidad marítima de la ciudad primitiva se mantendría vigente, aun con notables altibajos, durante siglos y marcará indeleblemente la propia organización interna de la ciudad, ya que es en la primitiva zona portuaria, es decir, en la confluencia del pequeño arroyo con el gran río, donde se concentrarán los poderes políticos y religiosos de la urbe que aún determinan el centro histórico y monumental de la ciudad: el ámbito donde se reparten, a corta distancia unos de otros, el Real Alcázar, la catedral y el ayuntamiento. Es a partir de este foco irradiador y su entorno inmediato como se organiza la ciudad.

Pero como se dijo, el río Guadalquivir, con su incesante acarreo de materiales, fue colmatando la gran ensenada del primitivo estuario y su propio cauce, con lo que la navegación se dificultaba cada vez más y, en consecuencia, igualmente, el papel fundacional del puerto con respecto a la ciudad, que adquiere por el contrario un sesgo predominantemente terrestre, lejos de los aires marítimos que fueron su razón de ser. [FSR]